

Oswaldo Vicuña

## Anatole France y Madame Caillavet

(Fragmentos de una carta privada)

ientras estuve en cama me vi privado de conversación y sólo durante la última semana pude entregarme a la lectura. Como no tenía la cabeza muy firme, escogí un libro liviano, anecdótico, *Le Sal6n de Madame Armande Caillavet*, que Ud. con tanta raz6n, me recomendara. No creo exagerar al decir que es uno de los libros m6s ameno y, a un tiempo, de contenido humano m6s rico, que yo haya leido. Con todo el acento de la verdad me da toda la impresi6n de una novela. La vida ha urdido la f6bula; el autor ha ordenado la documentaci6n, ha colmado las l6grimas y ha puesto las apostillas indispensables, con mano diestra, con mano leve de mujer. Los personajes, sin perder un 6pice de su aut6ntica individualidad, sin haber sufrido ampliaci6n ni deformaci6n alguna, aparecen como estilizados por el mero hecho de verse reducidos a sus rasgos esenciales. La vida de Anatole France, que nos hab6bamos acostumbrado a identificar con la existencia opaca de sus

personajes eruditos,—Silvestre Bonnard o Luciano Bergeret—adquiere, a la luz de la intimidad, un acentuado relieve novelesco. Cuando hace su entrada al salón de la señora Caillavet, colgado del brazo de su robusta Xantipa, el hijo del librero del Quai Voltaire es un hombrecillo zurdo, tímido, desgarbado. Una cabellera hirsuta y una barbilla desgredada ponen marco estrecho a su cabeza canina. Formado en la apacible sociedad de los libros, habituado al auditorio remoto e invisible del anónimo lector, este auditorio inmediato, irónico, exigente, le intimida. Balbucea frases truncas, diluye las anécdotas en sonrisas avergonzadas. Poco a poco, la acción discreta, firme y suave de la Egeria parisina, opera en él una transformación maravillosa. El hombrecillo tímido se trueca en un hombre seductor; los modales torpes se cambian en maneras refinadas; la sumisión humilde, en exigencias caprichosas. Su nombre, hasta entonces sólo regalo de los doctos, alcanza a los oídos del vulgo. Sucesor de Voltaire, de Renan, de Víctor Hugo, por sus cualidades intrínsecas o su significación intelectual, llega a encarnar ante el mundo algunos de los aspectos más genuinos y universales del genio francés: la ironía, el escepticismo crítico, la sátira punitiva, el espíritu humanitario. Su posición ante la sociedad de su país ha crecido en proporción todavía mayor. El menudo amanuense—autor ya de libros imperecederos—, el burócrata informal de otro tiempo, debe sonreír desdeñosamente al recuerdo de las reconvenciones del jefe filisteo, incapaz de comprender los privilegios

del talento. Desde la altura inmensa de su patriciado intelectual, recibe solicitudes y extiende recomendaciones que son órdenes para los gobernantes de la República jacobina . . . ¿No cree asistir Ud. a la evolución de un personaje proustiano? Recuerde al Dr. Cottard, profesional obscuro, desmañado en sociedad, burdo de ingenio, al iniciarse las reuniones de la señora Verdurin; clínico famoso más tarde, charlador exquisito e irreprochable, hombre de mundo según testimonio de los hermanos Goncourt . . .

La señora de Caillavet no es tampoco la misma que yo me había figurado. Conocía su voluntad fuerte, su acción enérgica y eficaz sobre la carrera literaria de Anatole France. Sabía de su talento y de la abnegación con que lo había puesto al servicio del gran escritor, sin reclamar nada para sí, satisfecha con su papel de animadora. Pero creía que en el culto de la señora Arman de Caillavet había sólo admiración intelectual y un sí es no es de vanidad femenina, ya que ser la querida de un grande hombre o simplemente de un hombre célebre significa en cierto modo, participar de su gloria y confiere uno de los títulos más valiosos que una mujer puede mostrar a sus contemporáneos y a las generaciones venideras. Lo que nunca imaginé fué que el fervor intelectual de esta mujer inteligente y discreta hubiera llegado a los extremos de la pasión romántica que se exhibe en las últimas páginas de este libro y que autorizan a Mme. Pouguet para situar a su heroína

cerca de Paulina de Beaumont, la amiga de Chateaubriand y Goubert.

El final de este amor es doloroso como el epílogo de Adolfo. La señora de Caillavet hace pensar en aquella doliente Leonora de tan triste destino. La animosidad y el orgullo que había insuflado a su amante, se vuelve contra ella. Seguro de sí, ansioso de libertad, el autor de *La Azucena Roja* rompe la coyunda que ella le ha impuesto y a la cual debe lo mejor de su obra y de su gloria. Se aleja de su lado y muestra intención de unirse a una muchacha, que le brinda esos frescos laureles que su sensualidad impenitente apreciaba tanto. Vuelve luego de su viaje, desilusionado tal vez de la aventura, empeñado en borrar los efectos de lo que llama una simple broma, dispuesto a reparar, con atenciones de enfermero diligente, sus averías sentimentales. Pero ya es tarde. Lúcida hasta la crueldad, su vieja amiga no se deja engañar: «*Nous venons de déjeuner, j'ai mangé des reillettes et l'on a eu grand soin de ma boisson, tout en cherchant la cause mystérieuse de mon mal d'estomac. Les rapports sont très polis... M. France a prétendu n'en rien savoir, puis, voyant que cela ne prenait pas, il a baissé la tête. Enfin les choses vont à peu près, mais tout est gâté, irrémédiablement gâté... Je tache d'ester calme, mais au fond c'est toujours l'écoeurement. Lui fait semblant de me porter beaucoup d'intérêt... Mon estomac est loin d'être guéri et*

M. France f é i n t d ' i g n o r e r l e c a u s e d e c e t é t a t . D ' a i l l e u r s n o s r e l a t i o n s s o n t a u s s i b o n n e s q u e l e c o m p o r t e n t l e s c i r c o n s t a n c e s , m a i s l e c o u r a g e m e m a n q u e t o u j o u r s d e v i v r e d é s o r m a i s l a v i e q u i m ' a t t e n d . . . J e s u i s t r o p d é g o u t é e e t d é c o u r a g é e » . A l m a l e a l , n o p u e d e o l v i d a r l a t r a i c i ó n n i a c o m o d a r s e a l a d e s c o n f i a n z a : « I l v a u t m i e u x q u e j e m ' e n a i l l e . . . J e n ' a i p l u s l e c o u r a g e d e v i v r e l a v i e q u i m ' a t t e n d . . . » Y e s q u e , e n r e a l i d a d , m á s q u e l a c o n f i a n z a e n e l o b j e t o d e s u a m o r , h a b í a p e r d i d o l a c o n f i a n z a e n s u s p r o p i o s m e d i o s d e s e d u c c i ó n : « T r o p v i e i l l e , i l v a u t m i e u x m o u r i r . . . M a m o r t a r r a n g e r a t o u t ! »

El relato de Mme. Pouguet toma un acento dramático al transcribir las frases entrecortadas con que la moribunda le confía sus reliquias sentimentales para que las descubra más tarde a las miradas fisgonas de la posteridad. Porto Riche no discurreó una escena tan dramática. La señora de Caillavet quiere que su amor sobreviva en la memoria de los hombres y que la historia le reconozca su puesto al lado del artista inmortal. Y para conseguir este fin, todas las precauciones le parecen insuficientes : « Si vous veniez a mourir avant cette publication a la quelle je tiens <sup>(1)</sup>, il faudrait que Simonne (la nieta) s'en chargeat . . . Vous lui expliquerez . . . elle comprendra. C'est ma dernière, ma formelle volonté. Faites cela en souvenir de moi . . . » En el umbral de la muerte, la gran apasio-

---

(1) Subrayado en el texto. •

nada desdeña el juicio incomprensivo de la moral fari-  
saica. ¿Acaso no ha sacrificado primero a este amor su-  
premo el mismo afecto del hijo único, objeto de todas  
sus ternuras maternas?: «Je n'ai jamais cessé d'aimer  
Gaston tendrement... Il ne l'a pas toujours senti...  
oui, oui, je sais, j'ai été souvent maladroite, aveuglée...  
Mais il a été quelquefois injuste. Il n'a pas compris!  
On ne comprend jamais... ou trop tard. Aujourd'hui  
je comprends... Je comprends tout... tout. Ah!  
quelle misère. Si je lui ai fait de la peine, je lui en  
demande pardon... Vous le lui direz, n'est-ce pas?...  
mais pas aujourd'hui... plus tard... bientôt, quand je  
serai morte. Il ne faut entre lui et moi d'explications...»  
Empero, a pesar de todos los antagonismos sentimenta-  
les, ella no puede, en su último instante, dejar de unir  
en su memoria los dos grandes amores de su vida: «Ne  
pouvant prononcer une parole, la pauvre femme saisit un  
crayon, toujours a portée de sa main, et écrivit sur un  
papier posé a coté d'elle: «Gaston, vite, et M. Fr...»  
La mort ne lui permit pas d'achever le nou qui avait été  
si profondément gravé dans son coeur. Son fils arriva a  
temps. Elle mourut dans ses bras».

Madame Arman de Caillavet comprendió como na-  
die la verdadera misión de la mujer, que no consiste en  
realizar por sí misma las obras del hombre, sino en  
suscitarlas con su estímulo. Su hijo Gastón decía, al  
abandonar el liceo: «maman a l'ame d'un pion, el faut  
toujours qu'elle fasse travailler quelqu'un». Aparte de  
France y del propio Gastón, Charles Maurras, Con-

laugheon, Marcel Proust y otros, conocieron su acción bienhechora. Hasta sus últimos momentos se mantuvo fiel al pensamiento dominante de su vida. «*Simonne, exclama, pensando en su nietecilla—oui. . . j'aurais pu aussi m'ocupper d'elle, la faire travailler, comme les autres. . . mais je suis trop vieille. . .*».

¿Sabe Ud. quién es ahora esta *Simonne de Caillavet*? Pues *Madame André Maurois*. ¿Y sabe Ud. quién es hoy día *Mme. Gastón de Caillavet*, esa *petite Jeanne* a quien se dirige *Mme. Arman* en sus cartas y a quien confía, en vísperas de su muerte, sus más íntimos secretos? Pues *Madame Jeanne Maurice Pouquet*, la misma autora del libro que nos ocupa. (Unas segundas nupcias explican, seguramente, el cambio de apellido). Yo vine a saberlo después de haber terminado la lectura de la obra, por un artículo de *María Hollebecque*, que encontré en mi archivo (?) de recortes. Sin embargo, debía habérmelo advertido el tono que el autor emplea al referirse a *Mme. Gastón de Caillavet* y que sólo puede emplearse para hablar de uno mismo, con modestia convencional, o para hablar de un enemigo: «*Elle lui repliqua avec perfidie, mais avec cet air candide qui, joint a sa timidité et a la malveillance de quelques habitués de l'avenue Hoche lui valaient une réputation bien établie de niaiserie*». Y aquí viene el relato de la mala jugada con que castigó *Mme. Gastón de Caillavet* la insolente perfidia del *Conde de Montesquieu*. Antes ya—con la misma aparente indolencia con que celebra aquí su in-

genioso desquite—nos había revelado—el amor silencioso y platónico—(demasiado silencioso y demasiado platónico) que inspirara a Marcel Proust, adolescente.

A propósito de Proust, ¿no cree Ud. que este libro nos muestra el material histórico—vivo entonces—de que se ha valido el autor de *A la Recherche du Temps Perdu* para elaborar una gran parte de su ficción novelesca? En estos salones, con sus rencillas y sus rivalidades, encuentro yo el núcleo que Marcel Proust transformó y desarrolló en su mundo de los Verdurin. Desde luego, me parece descubrir en la autoritaria señora Aubermón—intolerante con los coloquios particulares, alerta siempre para castigar las infidelidades de sus contertulios—por lo menos el embrión de la señora de Verdurin.

Para estudiar las fuentes vivas de la obra proustiana, lo mismo que la evolución artística e ideológica de Anatolio France y la clave íntima de algunas de sus obras, este libro femenino, de apariencia frívola, sería un instrumento precioso. Note Ud. el ritmo acelerado que cobra la producción de France, hasta entonces tan floja y discontinua, bajo la batuta imperiosa de la gran animadora; note también que todo el aporte italiano—de calidad tan exquisita—que se incorpora a su obra—los cuentos de *El Pozo de Santa Clara*, el ambiente florentino de *La Azucena Roja*—se deben a las traducciones y a los frecuentes viajes que su musa providente le proporcionó. Y, entre paréntesis, ¡qué poco permeable debió de ser la sensibilidad de

France para las gentes y cosas extrañas, cuando, aparte de estas muestras—con tanta pátina erudita—nada hay en sus libros que recuerde sus viajes, harto frecuentes en cierto período de su vida! En todo lo que de él conozco no recuerdo una sola alusión a su paso por Inglaterra, por España, por el Africa del Norte, por Constantinopla, o por Buenos Aires. ¿Este sedentarismo espiritual no explica, en parte, el desvío con que la juventud de la trasguerra—vagabunda y cosmopolita—mira la obra de rutinario buquinista de los muelles del Sena?

A la evolución ideológica del autor de *El Jardín de Epicuro* no es tampoco ajena la señora de Caillavet. France comenzó siendo nacionalista. Le atrajo la cimera del general Boulanger, y, cuando Abel Hermaut se permitió algunas irreverencias con el Ejército, el patriotismo del futuro demolidor de *La Isla de los Pingüinos* se sintió herido en sus fibras más íntimas. Habló con voz emocionada de los derechos limitados del escritor y de sus deberes ineludibles: «On veut l'indépendance de l'art. Je la veux aussi; j'en suis jaloux. Il faut que l'écrivain puisse tout dire, mais il ne saurait lui être permis de tout dire de toute manière, en toute circonstance et à toutes sortes de personnes. Il ne se met pas dans l'absolu. Il est en relation avec les hommes. Cela implique des devoirs; el est indépendant pour éclairer et embellir la vie: el ne l'est pas pour la troubler et la compromettre. Il est tenu de toucher avec respect aux choses sacrées. Et, s'il y a

dans la société humaine, du consentement de tous, une chose sacrée, c'est l'armée. («*La Vie Littéraire*», I pag. 80). Más tarde estalló el escándalo del proceso Dreyfus. La señora de Caillavet abrazó con ardor la causa del inocente. El salón de la Avenida Hoche se convirtió en un centro revisionista, frecuentado por políticos y periodistas de la izquierda. France—humanista epicúreo, «benedictino socarrón»—no pudo nunca sentirse realmente atraído por la violencia agresiva y la estrechez intelectual que tienen en los institutos armados su expresión más genuina; pero yo creo que su socialismo antimilitarista de la última época fué, en gran parte, fruto del ambiente político que imperaba en el salón de la señora Caillavet. Y su evolución fué tan completa, que llegó a reclamar la disolución de ese mismo ejército para el cual antes exigía todos los respetos debidos a las cosas sacrosantas: «Non! une menace restera suspendue sur le prolétariat français tant que notre démocratie gardera des institutions militaires, d'origine et d'esprit monarchiques». (*Vers les Temps Meilleures*, T. II, pág. 14). La evolución de France hacia la izquierda no se detuvo hasta su muerte. Del radicalismo de Combes pasó al socialismo de Yaurés y de éste al comunismo de Lenin. ¡Paradójico efecto de su amistad con la aristocrática dama! Verdad es que a esta amistad debemos también *Le Lys Rouge*, su única novela mundana y la única en que se muestra o se simula la pasión, flor exótica y, por lo mismo, un

poco anémica, en la zona templada donde se extiende el jardín de Epicuro.

Por el libro de la señora Pouquet nos enteramos asimismo de algunos secretos profesionales del gran escritor. Sabemos que las disensiones domésticas del matrimonio Bergeret, el carácter de la protagonista de *El Maniquí de Mimbre* y el episodio que da nombre a la novela, le fueron sugeridos por las intimidades de su propio hogar; sabemos cual fué el origen de la intriga eclesiástica referida en la *Historia Contemporánea* y, así, muchos otros detalles importantes para el estudio de la génesis de una obra literaria. Pero la revelación esencial que debemos a la señora Pouquet es el conocimiento aproximado de la influencia decisiva que una mujer ejerció sobre un hombre que parecía deberlo todo a su trato directo, íntimo, exclusivo con los libros y cosas del pasado.

.....